

— BESTSELLER DE *THE NEW YORK TIMES* —

LA HISTORIA JAMÁS CONTADA

DE LOS 33 MINEROS

ENTERRADOS EN UNA

MINA CHILENA

Y EL MILAGRO

QUE LOS LIBERÓ

HÉCTOR TOBAR

PAIDÓS

HÉCTOR TOBAR

EN LA OSCURIDAD

*La historia jamás contada
de los 33 mineros enterrados
en una mina chilena
y el milagro que los liberó*

Título original: *Deep Down Dark*, de Héctor Tobar
Publicado originalmente en inglés por Farrar, Straus and Giroux

Traducción de Francisco Martín Arribas y Albino Santos Mosquera

Diseño de la cubierta: Rodrigo Corral
Adaptación de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño,
Área Editorial Grupo Planeta
Imagen del plano posterior de la cubierta y de la página 9: © AFP / Getty Images

1ª edición, julio 2015

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2014 by Héctor Tobar

All rights reserved

© 2015 de la traducción, Francisco Martín Arribas y Albino Santos Mosquera

© 2015 de todas las ediciones en castellano,

Espasa Libros, S. L. U.,

Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España

Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-3145-9

Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.

Depósito legal: B. 14.597-2015

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

Impreso en España – *Printed in Spain*

Sumario

Prólogo: Ciudades en el desierto	11
--	----

PARTE I: BAJO LA MONTAÑA DEL TRUENO Y LA DESGRACIA

1. Un hombre hecho en la empresa	31
2. El final de todo	43
3. La hora del almuerzo	59
4. «Siempre ando con hambre»	71
5. Alerta roja	91
6. «Hemos pecado»	105
7. Éxito con las mujeres	125
8. Una llama trémula	145
9. Cueva de sueños	165

PARTE II: VER AL DIABLO

10. La velocidad del sonido	191
11. Navidad	201

12. Astronautas	217
13. Líder absoluto	243
14. Vaqueros	257
15. Santos, estatuas, Satanás	275
16. Día de la Independencia	285
17. Volver a nacer	301

PARTE III: LA CRUZ DEL SUR

18. En un país mejor	325
19. La torre más alta	333
20. Bajo tierra	345
21. Bajo las estrellas	361
<i>Agradecimientos</i>	377



Fila superior, de izquierda a derecha: Álex Vega, Ariel Ticona, Carlos Barrios, Carlos Bugueño, Carlos Mamani, Claudio Acuña, Claudio Yáñez. Segunda fila: Daniel Herrera, Darío Segovia, Edison Peña, Esteban Rojas, Florencio Ávalos, Franklin Lobos, Jorge Galleguillos. Tercera fila: José Henríquez, José Ojeda, Juan Carlos Aguilar, Juan Illanes, Jimmy Sánchez, Luis Urzúa, Mario Gómez. Cuarta fila: Mario Sepúlveda, Omar Reygadas, Osmán Araya, Pablo Rojas, Pedro Cortez, Raúl Bustos, Renán Ávalos. Quinta fila: Richard Villaroel, Samuel Ávalos, Víctor Segovia, Víctor Zamora, Yonni Barrios.

Un hombre hecho en la empresa

El principal referente en la mina San José es el nivel del mar. La entrada al túnel de cinco por cinco metros de la Rampa es el nivel 720, 720 metros sobre el nivel del mar. La Rampa descien- de por el interior de la montaña en una serie de zigzags con alti- bajos y, una vez ganada profundidad, prosigue en espiral. Vol- quetes, cargueros frontales, furgonetas y todo tipo de maquinaria y los diversos operarios cruzan el nivel 200, penetran en la parte de la montaña en la que aún se extrae mineral y lo llevan a la superficie, siguiendo pasadizos que discurren desde la Rampa hacia las vetas de piedra mineral. La mañana del 5 de agosto, los hombres del turno A trabajan en la profundidad del nivel 40, a unos 750 metros en vertical, cargando mineral recién arrancado en un volquete. En el nivel 60 hay otro grupo reforzando un pasadizo cerca del lugar donde hace un mes un hombre perdió una extremidad en un accidente. Otros se han tomado un des- canso, o un momento de ocio, cerca del Refugio, un espacio ce- rrado del tamaño de un aula de colegio, excavado en la roca viva en el nivel 90. Como su nombre indica, el Refugio sirve para casos de emergencia, pero también como lugar de descanso, puesto que recibe aire fresco desde la superficie, lo que supone un respiro frente a la humedad y el calor, que llegan a alcanzar a veces, en esta parte de la mina, el 98 % y los 40 °C. Los tra- bajadores de la mina San José dicen que es un «infierno», una

descripción con cierta base científica, ya que el calor geotérmico que emana de las entrañas de la Tierra es mayor cuanto más se baja.

Los mecánicos a las órdenes de Juan Carlos Aguilar hallan un respiro al calor en un taller improvisado en el nivel 150 en un pasadizo cercano a la inmensa sima central llamada El Rajo. Por este enorme pozo circula el aire, y de su negra profundidad brota una levísima brisa que alivia el trabajo en el taller. Los mecánicos inician su turno semanal pidiendo a Mario Sepúlveda que les haga una demostración del manejo de su máquina de carga frontal y observan cómo para el vehículo sin usar el embrague, cambiando directamente de primera a marcha atrás sin pasar por punto muerto.

—¿Quién te enseñó eso? Lo haces mal. No hay que hacerlo así —le dicen, porque saben que de ese modo se estropea el diferencial.

—Nadie me lo enseñó —contesta Sepúlveda—. Lo aprendí observando.

Los mecánicos son empleados en una empresa subcontratada de servicios de mantenimiento y no les escandaliza ver a un trabajador de la San José manejar una máquina muy cara sin ningún aprendizaje formal previo. La San José es una mina pequeña y antigua que tiene fama por racanear, por sus condiciones rudimentarias de trabajo y por la negligencia en normas de seguridad. Tiene, entre otras cosas, pasadizos de escape verticales que serían inútiles en caso de emergencia por carecer de las preceptivas escalas.

Después de aprender cómo se usa el embrague, Sepúlveda deja a los mecánicos trabajando en el nivel 90.

A lo largo de la mañana, la montaña sigue lanzando su intermitente «trueno lloroso», que llega a modo de explosiones lejanas seguidas de un gemido. Carlos Pinilla, director general de la empresa, oye el ruido mientras recorre en furgoneta los diversos niveles de la mina. Él tiene su despacho en la superficie, pero ahora anda por las profundidades de la mina para afianzar cierta

disciplina en un tajo que no acaba de gustarle. «Tuve que regañarlos a todos, empezando por el capataz —explica—. Ninguno de ellos era de fiar. No quería que me tuvieran miedo, pero bajé hasta allí y me encontré a seis hombres sentados charlando; lo menos que esperaba era que se pusieran en pie al ver al jefe. Sin unos mínimos, no hay nada que funcione...»

Pinilla es un hombre de mejillas caídas de unos 50 años que ha ido ascendiendo desde puestos inferiores en las oficinas de empresas mineras hasta trabajar de director en una de las dos minas que explota la Compañía Minera San Esteban. Sus subordinados dicen de él que es autoritario, la clase de persona que da órdenes a gritos y trata a los mineros, llenos de sudor y con casco, como si de algún modo le ofendiera su presencia. En un país como Chile, de rígidas diferencias sociales, los trabajadores experimentan a menudo la brutal condescendencia de las clases retribuidas con un sueldo fijo. Pero, incluso en ese contexto, para los mineros, Pinilla se distingue como un «casco blanco» particularmente dominante, sobre todo en contraste con el amable casco blanco de su inmediato subordinado, el supervisor de turno Urzúa. En las últimas semanas, uno de los miembros del turno A, Daniel Herrera, insistió ante Pinilla para que cambiaran los filtros de aire de las mascarillas hasta que, según dice él, el director contestó en tono sarcástico: «¡Sí, hombre, sí, enviaré un camión cargado de filtros!». Pinilla es «el amo de la mina», afirma el minero Jorge Galleguillos. Galleguillos tiene 50 años, y los veteranos como él temen a Pinilla porque puede echar a cualquiera cuando se le antoje, dejándole en la nada envidiable situación de parado en una industria en la que se valora más que nada a los hombres jóvenes y robustos. Al mismo tiempo, solo los mineros más viejos, con experiencia, se atreven a reprocharle el estado cada vez más evidente de precariedad estructural de la mina San José.

Tras ciento veintidós años de vaciado y excavaciones de la montaña, tanto por hombres como por máquinas, la mina San José sigue en pie gracias a la roca de diorita gris dura que forma la mayor parte de su masa. En jerga minera, la diorita es roca

«buena» en el sentido de que no se fragmenta al perforarla. Si la mena de mineral es como un bizcocho que se desintegra en cuanto se hurga en él, la diorita es más comparable a un flan compacto. En términos generales, la diorita es de una estructura estable, excelente para hacer un túnel que requiera relativamente poco apuntalamiento. En este tipo de roca está excavada la Rampa, que constituye el único camino seguro para entrar y salir de la mina. Hasta hace poco, ninguno de los hombres que trabajan en la San José pensaban que la mina corría peligro de derrumbe, pero, entonces, apareció una grieta de un dedo de anchura en el nivel 540.

Mario Gómez mostró a su supervisor de turno la grieta nada más verla. Gómez es un minero de 63 años que conduce dentro de la mina un camión de treinta toneladas. «Con mi camión no entro en esa mina —le comentó Gómez en aquella ocasión—. No vuelvo a entrar ni lo hará nadie hasta que vengán de Copiapó el director de la mina y los ingenieros a ver la grieta y la evalúen.» Horas después se presentaban el director y un ingeniero para colocar espejos dentro de la grieta: si proseguía el movimiento de la montaña, se romperían. Los espejos siguen intactos.

—Escuchen, la Rampa es el lugar más seguro de la mina —comentó el director a los mineros—. Esas grietas las causa el Pozo. En el Pozo las paredes pueden abrirse hasta cinco metros sin que a la Rampa le ocurra nada.

Al ver que comenzaba a filtrarse agua por la grieta, colocaron más espejos, pero durante meses siguieron intactos en el mismo sitio. Galleguillos escrutaba los espejos cada vez que pasaba con el camión y anotaba en un cuaderno nuevas anomalías inquietantes: «Caída de material en el nivel 540..., paredes del túnel abriéndose en el nivel 540», para, a continuación, exigir al director que le firmara una copia de sus observaciones, y aun después interpeló de nuevo al director:

—¿Cómo podemos saber si no cambian los espejos cuando nosotros no lo vemos? —le preguntó.

—¿Qué pasa contigo? —replicó el director—. ¿Eres un cobarde?

Ahora, Pinilla se cruza varias veces con los mineros dentro de la mina patrullando el interior con su furgoneta. A media mañana, Yonni Barrios y su equipo de reforzadores le ven en el nivel 60 y le comentan que la montaña hace ruidos que normalmente a gran profundidad no se oyen. «No os preocupéis —les dice—, el cerro se está acomodando.» Más arriba, en el nivel 105, otro grupo de trabajadores le hacen el mismo comentario. Por todos los rincones de la mina se oye ese retumbar que provoca una preocupación que se difunde por los pasadizos..., a la misma velocidad que la negativa a reconocerlo. La minería es un trabajo peligroso por naturaleza, y a los mineros con décadas de experiencia bajo tierra les enorgullece que sea arriesgado. Los hombres del turno A se han acostumbrado a quejarse ante sus esposas y novias con el simple eufemismo de que el trabajo en la mina San José es «complicado», evitando mencionar la palabra *peligro* si ellas los apremian pidiendo detalles.

También Luis Urzúa confesó a su mujer que la mina es «complicada», y cuando hace unos meses entró a trabajar allí fue sabiendo que no hacía mucho había habido accidentes. Aquella mañana oye las quejas de su equipo sobre el ruido de fondo e incluso a algunos que insisten en que tendrían que volver a la superficie. Urzúa les dice que esperen. Urzúa tiene 54 años y, pese a su título de topógrafo minero, admite sin reservas que le intimidan quienes son más importantes que él. Podría enfrentarse a su jefe Pinilla y solicitar que sus hombres salgan de la mina; de hecho, algunos del turno A empiezan a reprocharle en silencio su falta de coraje por no hacerlo. Pero en aquel momento tampoco ninguno se queja abiertamente, ni dicen que no van a seguir trabajando un minuto más y que se largan, decisión que sí que han tomado antes otros en la mina.

A Mario Gómez, el más mayor del turno A, le faltan dos dedos de la mano izquierda, un recuerdo de lo que puede suceder bajo tierra de un momento a otro. Hacia las 12:00, a él también

le han advertido de un signo de aviso del inminente desastre: sale «humo» en el nivel 190, le dice el conductor Raúl Villegas a Gómez al cruzarse los dos con sus volquetes en la Rampa. Pero Gómez, sin escuchar la fuerte y ronca voz, le contesta que vaya con cuidado pero que no tema. Al cruzar el «humo» echa un vistazo y se dice: «Solo es polvo. El polvo es normal en la mina».

En cualquier caso, siguen llegando rumores sobre ruidos extraños y explosiones, y al final de la mañana el jefe de jefes Carlos Pinilla comienza, según algunos de sus subordinados, a actuar de forma extraña. Urzúa y su lugarteniente, el capataz Florencio Ávalos, le ven en la furgoneta en el nivel 400. Pinilla se ha detenido y alumbra con una gran linterna las paredes de roca de la Rampa, y otro trabajador que le vio en aquel momento añade: «Llevaba una linterna enorme, mucho más grande que las que llevamos nosotros; me puso nervioso verle con ella». Más tarde, otros mineros le ven recorriendo uno de los pasadizos que salen de la Rampa y dirigir el haz de luz al interior de la inmensa cavidad del Pozo. También se le vio de pie junto a la furgoneta, como si estuviera tratando de escuchar algo o sentir movimientos internos en la montaña. Parece también que está escuchando cuando se detiene a la entrada de las galerías cercanas al nivel 400 y limpia los letreros blancos y azules de NO PASAR y DESVÍO. «Me pareció extraño ver al jefe limpiando las señales de tráfico», asegura Urzúa. Cuando Florencio Ávalos poco después de las 12:00 llega a donde está Pinilla, el director le indica que lleva una rueda desinflada y que la cambie inmediatamente. «Estaba nervioso. Y en cuanto apretamos la última tuerca nos dejó allí y no volvimos a verle», afirma Ávalos.

Cuando Pinilla sube hacia la superficie es casi la 13:00. Se cruza en la Rampa con Franklin Lobos, vieja estrella del fútbol, famoso en la localidad y calvo, cuyo rasgo más destacado bajo tierra es que siempre refunfuña. Lobos conduce el camión que transporta al personal dentro y fuera de la mina, y en aquel momento baja a recoger a los mineros para el almuerzo.

—Franklin, quería hacerle dos comentarios —dice Pinilla—.

Uno, felicitarle por lo limpio y ordenado que tiene el Refugio (el Refugio consta de dos armarios metálicos de comida, supuestamente la necesaria para que todo el turno pueda mantenerse con vida dos días. En su condición de conductor del camión de personal, Lobos es el depositario de las llaves de los armarios y responsable del mantenimiento del Refugio). Y, segundo, quiero que en cuanto pueda vaya a ver al encargado de abastecimiento, que tiene una caja entera con más provisiones. Más comida, mantas, botiquín de primeros auxilios, ya sabe —añade Pinilla.

Pinilla parece con prisa por salir de la mina y toma medidas por si hay una emergencia, pero dice que no es porque crea que la mina vaya a hundirse. Su principal preocupación no es que ocurra un accidente sino que la agencia del Gobierno chileno encargada de la seguridad en las minas cierre la San José. La enorme linterna era imprescindible para un examen rutinario de la inmensa excavación del Pozo, que, como en algunos tramos tiene más de 200 metros de profundidad, requiere una luz muy potente. Y si acaba de ordenar que lleven más provisiones al Refugio es porque los mineros siempre roban comida (acabaría comprando una banda de aluminio con candado para evitarlo), y si un inspector echa a faltar provisiones les cierran la mina.

En 2007 el Gobierno de Chile ordenó el cierre de la mina San José a raíz de una explosión subterránea de roca en la que murió el geólogo Manuel Villagrán. Los propietarios de la mina prometieron adoptar una serie de medidas para mejorar la seguridad y autorizó su reapertura. (Los mineros instalaron un altar con velas votivas en memoria de Villagrán en el lugar de su muerte, donde aún sigue sepultado el vehículo que conducía.) A diferencia de otras minas de Copiapó, la de San José no es propiedad de ninguna multinacional extranjera sino de dos hijos del finado Jorge Kemeny, un exiliado de la Hungría comunista que se estableció en esta región de Chile en 1957. Marcelo y Emérico Kemeny no heredaron lamentablemente ni el conocimiento ni la pasión por el negocio minero del padre. Emérico cedió su parte

del negocio a su cuñado Alejandro Bohn. Los Kemeny y Bohn se esforzaron para que la Compañía Minera San Esteban fuese rentable ajustándose a los requerimientos del Gobierno. Se les exigió la instalación de escalas en los túneles de ventilación como medida alternativa de escape hacia la Rampa y ventiladores nuevos para incrementar la circulación del aire y reducir la temperatura en el fondo de la mina, donde a veces alcanza 50 °C. Como si admitieran sus carencias en materia de seguridad, los propietarios contrataron a una empresa llamada E-Mining, que recomendó un sistema de control sísmico especial para detectar desplazamientos potencialmente catastróficos de la estructura de la montaña, pero nunca llegaron a instalarlo. Los contratistas aconsejaron igualmente otros dispositivos de detección llamados geófonos, pero al cabo de un mes dejaron de funcionar porque los camiones pisaban los cables de fibra óptica. Finalmente, la empresa San Esteban dejó de pagar la contrata a E-Mining y esta dejó de prestar sus servicios y retiró a sus empleados. A continuación, la empresa San Esteban contrató a un antiguo empleado de la mina San José, Carlos Pinilla, en sustitución del contratista. La empresa San Esteban no tiene fondos para adquirir los sismógrafos ni mantener operativos los geófonos, ni ha instalado las escalas que exigió el Gobierno en los sistemas de ventilación. En realidad, es inviable hacerlo manteniendo la rentabilidad de esta mina de tamaño medio. Entre otras cosas, la empresa debe 2 millones de dólares a ENAMI, una compañía estatal que procesa mineral para minas pequeñas y de mediano tamaño. Igual que los trabajadores saben lo peligrosa que es la San José y, a pesar de ello, trabajan en ella, los propietarios no ignoran la peligrosidad de la mina, pero de todos modos la mantienen abierta. Para que siga a flote la empresa y poder cubrir sus ambiciones económicas, juegan con las vidas de los mineros.

Camino de la superficie, Pinilla no hace otra cosa que lo que los dueños siempre le han dicho: mantener la mina en marcha y seguir extrayendo el mineral que da dinero, hacer recortes para disminuir costes y esperar que haya suerte y que en caso de acci-

dente la dura diorita de la Rampa aguante y permita escapar a los mineros, aunque la estructura interna de la montaña, debilitada por más de cien años de excavaciones y voladuras, provoque el hundimiento del resto de la mina.

Si Pinilla cierra la mina y ordena salir a todos, y la mina no cede, puede costarle el empleo. Y él cree, además, que de momento a la mina San José le quedan al menos otros veinte años.

Poco después de la 13:00 se cruzan dos hombres en una galería excavada en la roca: uno va con la cabeza alta; el otro, cabizbajo. Carlos Pinilla, el hombre del casco blanco que ha ido ascendiendo desde empleado de almacén hasta el puesto de director, pisa el acelerador de la furgoneta para volver a la superficie y salir a la luz. Franklin Lobos, un hombre cuya fortuna va en rápido declive, mira bajo su casco azul cómo se aleja el jefe. Lobos quita el freno de mano del camión para que la gravedad dé el primer paso de su viaje hacia abajo, conecta los faros antiniebla —las luces largas del camión nunca han funcionado— y se dirige al Refugio, por debajo del nivel 100, donde empiezan a congregarse los hombres para que los suba a almorzar.

Descendiendo un poco más, en el nivel 500, Lobos ve subir un camión, y, como el tráfico cuesta arriba tiene preferencia, le cede el paso. Es Raúl Villegas, el conductor que poco antes se quejó de que había «humo», al volante de un gran camión con toneladas de mineral.

Se saludan los dos y Lobos reemprende la marcha cuesta abajo. Llega al nivel 400, donde los indicadores brillan algo más gracias a la limpieza que ha hecho Pinilla. El viejo minero Jorge Galleguillos le acompaña en la cabina porque va a comprobar la instalación de depósitos y tuberías que traen agua desde la superficie. El recorrido es largo y monótono, con el haz de luz de las luces antiniebla pegado al suelo dentro de un túnel gris sinuoso y aburrido; es como penetrar en el paisaje subconsciente húmedo, vacío y oscuro de un minero. Ruedan durante media hora, recodo tras recodo de roca, por tramos en que los laterales de roca se ven cortados y serrados por los barrenos. Se encuen-

tran ya aproximadamente en el nivel 190 cuando ven una raya blanca cruzar el parabrisas de derecha a izquierda.

—¿Has visto eso? —dice Galleguillos—. Una mariposa.

—¿Cómo? ¿Una mariposa? No —replica Lobos—. Era una piedra blanca.

Los ricos filones de mineral de la mina están llenos de un cuarzo lechoso translúcido que reluce al darle la luz.

—Era una mariposa —insiste Galleguillos.

Lobos cree que es muy improbable que una mariposa vuele en la oscuridad a más de 300 metros de profundidad, pero cede a la explicación.

—De acuerdo; tú sabrás. Era una mariposa.

Lobos y Galleguillos continúan rodando unos 20 metros cuando oyen una fuerte explosión y el túnel comienza a llenarse de polvo. Se está hundiendo a sus espaldas la Rampa, cerca del lugar en que una mariposa o una piedra cruzó el parabrisas.

El estruendo y la onda expansiva interrumpen la labor de los treinta y cuatro hombres que trabajan en las galerías. Hombres que operan maquinaria hidráulica para levantar piedra, hombres que escuchan el golpeteo de la piedra en la caja metálica de los camiones de carga, hombres que esperan al camión del almuerzo en una habitación excavada en la roca, hombres que perforan roca, hombres que conducen máquinas diésel por la pista de roca, y hombres que llevan en la ropa y el rostro restos de mineral.

El conductor del camión que subía, Raúl Villegas, es el único de los treinta y cuatro bajo tierra en el momento del derrumbamiento que logra escapar. Ve horrorizado por el retrovisor cómo se forma una nube de polvo que rápidamente adelanta a su camión; él acelera a través de la nube hacia la salida y cuando llega a la boca de la mina donde la Rampa da paso al exterior, la nube de polvo le pisa los talones. Una nube marrón granulada seguirá saliendo durante horas por el orificio.

En el camión de personal en el nivel 190, Lobos y Galleguillos son los que se encuentran más cerca del derrumbamiento, que les llega como un rugido, cual si un enorme rascacielos se derrumbara a sus espaldas, comentaría posteriormente Lobos. La metáfora es más que exacta. La inmensa y poco sistemática estructura de la mina, improvisada a lo largo de un siglo de ambición empresarial, ha acabado por ceder. Un bloque de diorita de la altura de un edificio de cuarenta y cinco pisos se ha desprendido de la montaña y cae atravesando los estratos de la mina, destruyendo tramos enteros de la Rampa y provocando una reacción en cadena que hace que se venga abajo la parte superior de la montaña. Se desprenden rocas graníticas de mineral que chocan unas con otras sacudiendo las secciones no afectadas de la mina como un terremoto. El polvo generado e impulsado por las explosiones se expande en horizontal, hacia arriba y hacia abajo, y escapa por la maraña de pasadizos y galerías.

En un despacho, unos 30 metros por encima de la bocamina, Carlos Pinilla, el autoritario director, oye el trueno y su primer pensamiento es: «Si hoy no había que barrenar...». Pero llega a la conclusión de que seguramente es otra explosión dentro del Pozo, lo cual no es preocupante. Pero el fuerte ruido no cesa. Suena el teléfono y una voz dice: «Salga afuera y mire la bocamina». Pinilla sale al sol de mediodía y ve que se forma una nube de polvo como no ha visto en su vida.